

# CONTRA LA PROLIFERAC

**D**IECISIETE naciones se reúnen en Ginebra para tratar, una vez más, del desarme atómico. Tres de estas naciones cuentan con la bomba como arma nuclear operacional: Estados Unidos, Gran Bretaña y la URSS. Otras catorce forman el coro a este diálogo de protagonistas, comentan, buscan soluciones de compromiso entre planes aparentemente inconciliables: Brasil, Birmania, Bulgaria, Canadá, Etiopía, India, Italia, Méjico, Nigeria, Polonia, la RAU, Rumania, Suecia, Checoslovaquia. Este grupo es, oficialmente, la Comisión de Desarme de la ONU, conocida en la pequeña jerga diplomática como la «Comisión de los 18», aunque sólo sean 17 países: Francia decidió excluirse a sí misma, con su típica política de «no presencia» que poco a poco se va extendiendo a un mayor número de organismos internacionales —el último, el Mercado Común; y ya ha anunciado su disconformidad también con la convocatoria proyectada por Estados Unidos de una conferencia monetaria internacional—, convencida de que un camino solitario puede ser más útil que un camino solidario. Ciertamente, las grandes reuniones internacionales, las discusiones en los organismos que quieren ser supranacionales, ofrecen un aspecto de frustración, una esclerosis de funcionamiento que les conduce poco a poco al desprestigio ante la opinión pública, y que dan la sensación de que quien se separa de ellos se separa también del inmovilismo y elige la solución más sabia. Puede tratarse de un error de óptica. Puede ser, a una escala mayor, la misma apreciación por la que se supone que un poder solitario es más eficaz que un poder parlamentario. Hace ahora más o menos veinte años que la mayor parte de estos organismos internacionales comenzaron a formarse, a partir de la ONU, tratando de remediar los defectos y las debilidades de entidades similares de la preguerra —la Sociedad de Naciones, como principal ejemplo— y si ciertamente han podido estar expuestos a toda clase de burlas, de críticas, hasta de injurias; si su funcionamiento ha desesperado a Gobiernos y a pueblos de buena fe, si los de mala fe han intentado —y casi conseguido— el torpedeo innoble de muchas de estas instituciones, no es menos cierto que en estos veinte años se ha conseguido mantener en el mundo una relativa paz, que se ha evitado una guerra de máximas proporciones y que en gran parte se debe a estos organismos, a pesar de su nacimiento bastardo como consecuencia de una paz establecida precariamente al terminar una guerra mal saldada. Es imposible profetizar al revés, hacia el pasado —más difícil aún que profetizar el futuro— y tratar de determinar lo que hubiese sido del mundo de no haber existido la ONU y sus filiales. Personalmente me caben muy pocas dudas de que todo hubiese sido aún peor.

De todos estos intentos de buscar soluciones conjuntas a los grandes problemas, el más fácil para la burla y el desdén es el del desarme. Precisamente porque la Comisión tiene en sus manos la idea más importante y más noble de nuestro tiempo, que es la paz, y porque esta idea se presta con facilidad a todas las demagogias, a todas las propagandas, a todos los discursos huecos y vacíos. Y porque el contraste que ofrecen ciertos momentos históricos en los que las Comisiones de Desarme se reúnen cuando crece el fragor de las armas —y éste es uno de esos momentos— se presta muy bien para el ejercicio del humor amargo. Si se examina la paradoja desde su costado serio, dramático, ofrece un aspecto nuevo y distinto. Es lógico, y es deseable, que precisamente cuanto más próximo se esté de la guerra se haga mayor esfuerzo para conseguir la paz. Se trata de una urgencia. El precedente de la Sociedad de Naciones es, indudablemente, trágico: un comité estudió durante cinco años —hacia 1925— las ideas generales del desarme, una Comisión Preparatoria discutió durante siete años más los planes posibles: al mismo tiempo se estaba desarrollando una carrera de armamentos que desembocó en la guerra mundial. Los libros que publicaron

entonces sobre las posibilidades del desarme algunos autores quedan en la Historia, sin embargo, como un ejemplo de nobleza.

Los actuales intentos de desarme han superado ya ese «record»: tienen casi veinte años. Comienzan prácticamente con la creación de la comisión para la energía atómica, y el Plan Baruch, en 1946. En ese mismo momento comenzó la desconfianza. El Plan Baruch suponía un control mundial de las fuerzas atómicas, un control general de la energía nuclear, que sería seguido por la prohibición de la fabricación de bombas nucleares. La URSS propuso el mismo plan, pero en sentido contrario: esto es, que se procediese en primer lugar a la prohibición de fabricar armas nucleares y a la destrucción de los «stocks» existentes, para iniciar a continuación el control internacional de la energía nuclear. Hacia 1950, estos planes se abandonaron por imposibles. Paralelamente, a partir de 1947, se reunía una comisión para reducir los armamentos de tipo clásico, que no dio mejores resultados; menos aún cuando comenzó la crisis de Berlín y la guerra de Corea. Oficialmente estas negociaciones condujeron a la creación en 1952 de una Comisión conjunta de Desarme en el cual prosigue el desacuerdo y la desconfianza. Un cierto deshielo aparece en 1954 cuando los «grandes» atómicos aceptan un plan conjunto «como base de trabajo» —un plan que supone que el control y la limitación de armamentos sean simultáneos—; en 1957 los trabajos se interrumpen, y la URSS propone una Comisión compuesta por los 82 miembros de la ONU —en la que empiezan a aparecer miembros del tercer mundo—; Polonia propone el Plan Rappacki, que consiste en una zona desnuclearizada en Europa. La propuesta rusa de ampliación de los países negociadores se aumenta en 1959 con un Comité de diez potencias, y en 1961 se amplía a 18 potencias —la Comisión que conocemos actualmente, en el que más o menos se equilibran las representaciones de los dos bloques—. Las reuniones de Ginebra se prosiguen sin grandes frutos hasta hoy. Pero al mismo tiempo, en 1963, los Estados Unidos y Moscú se ponen de acuerdo en un plan para prohibir las experiencias atómicas en el aire, en tierra y en el mar —con exclusión de las subterráneas—; se llega al Tratado de Moscú en ese mismo sentido, que suscriben numerosas naciones, pero del que se excluyen precisamente dos potencias atómicas «en vías de desarrollo nuclear»: Francia y China. La posición de estos dos países es conocida: los «grandes» atómicos no tienen ningún mérito al suprimir sus ensayos, puesto que han llegado al dominio militar del átomo y les bastan las pruebas subterráneas, pero ellos necesitan continuar ensayando hasta llegar a tener una igualdad de condiciones que les permita sentarse a una mesa de desarme sin complejos de inferioridad. Hay, además, razones políticas de peso: Francia no quiere depender para su defensa de los Estados Unidos, ni verse por esa alianza envuelta posiblemente en una guerra «que no sea la suya»; China tiene las mismas reservas que Francia, pero en este caso con respecto a la URSS. Francia cree que el desarme es ilusorio en la actual estado de cosas; China entiende que el desarme no es posible hasta que no termine la lucha de clases a escala mundial: esto es, hasta que no desaparezca el capitalismo de este mundo.

**L**A conferencia de los 17 —o de los «Dieciocho menos uno», como se dice también con un curioso eufemismo, que indica que Francia forma parte de ella aunque por su voluntad no quiera asistir— tiene ahora unos proyectos muy concretos. Quiere tratar esencialmente de la llamada «no proliferación» de la bomba atómica: es decir, que su posesión se limite estrictamente a los países que la tienen en la actualidad y no se amplie a otros. Se considera esto generalmente como una salvaguardia de la paz; si los pequeños países envueltos en guerras locales disponen de bombas atómicas, por breve y poco potente que sea su arsenal, las utilizarán antes de verse anegadas por el enemigo. Y esta utilización puede ser seguida de una

# ION DEL ARMA ATOMICA

serie de acontecimientos en cadena, puesto que no hay guerra pequeña que no afecte al contexto político del mundo entero. Esta doctrina es, indudablemente, muy discutible. Si la situación militar atómica quedase congelada tal como aparece hoy, indudablemente el peligro de guerra sólo podría venir de la URSS o de los Estados Unidos —puesto que las bombas de China y Francia, incluso la bomba inglesa, tienen una capacidad ofensiva limitada y estarían sometidas a las «grandes bombas», cuyo temor a la destrucción masiva puede ser suficiente para contenerlas; pero, al mismo tiempo, la existencia de las pequeñas naciones estaría sometida a la hegemonía de las grandes, y quedarían automáticamente ligadas para su defensa a las demás: es decir, su libertad quedaría circunscrita a elegir entre una alianza con la URSS o una alianza con los Estados Unidos. Automáticamente se volvería al mundo de los dos bloques, y en este sentido cabe pensar si desde un punto de vista de conservación de la paz, y estrictamente de ello, no puede considerarse como una desgracia histórica la existencia de fisuras en esos bloques —concretamente, la separación de Francia de Estados Unidos, y la de China de la URSS— puesto que de esta forma se ha retrasado el camino mundial de la integración. Muchas naciones temen esta situación de dependencia. Alemania Federal clama por el átomo. Pide, por lo menos, la implantación inmediata de la llamada Fuerza Multilateral Nuclear, que le daría un cierto acceso a la bomba aunque fuera bajo control americano, y pretendía que esta conferencia de Ginebra no se celebrase hasta que hubiera quedado establecida esta Fuerza Multilateral. Que tiene, indudablemente, una contrapartida: que la URSS estableciera un régimen semejante para las naciones firmantes del Pacto de Varsovia. El riesgo que presenta la Alemania Federal es que ya ha anunciado claramente que si no es de esta forma, se proporcionará la defensa nuclear de otra forma, y a nadie se le oculta que la puede fabricar cuando desee —no tiene más límite que el de los tratados internacionales que se lo prohíben, como nación vencida con pasado belicoso—. Indonesia anuncia que tendrá una bomba nuclear preparada para noviembre; como Indonesia está en situación de guerra con Malasia, esta última aspira también a la bomba y, si no puede fabricarla, la pedirá prestada a sus aliados. Otra ecuación en ese sentido es la de la RAU frente a Israel. La RAU puede tener en cualquier momento una bomba experimental; para ello han trabajado sin descanso ciertos sabios alemanes en el desierto de Negueb. Pero Israel también tiene sus alemanes y sus alianzas. Esta simple enumeración de situaciones geopolíticas permite comprender cuál es el peligro de la proliferación de la bomba.

Pero al mismo tiempo que la conveniencia o no conveniencia de la proliferación se presenta una cuestión más importante: la imposibilidad de contenerla. ¿Hasta qué punto las grandes potencias pueden impedir que las pequeñas fabriquen bombas atómicas? Nuevamente ante Ginebra se plantea un proyecto llamado «la Resolución irlandesa», presentado ante la ONU en 1961, donde recogió una mayoría de votos interesante. Sus dos puntos esenciales son éstos: que los Estados nucleares se abstengan de comunicar sus secretos a los Estados no nucleares; que los Estados no nucleares se comprometan a no intentar convertirse en nucleares. Uno de los principales fallos está en el primer punto. Los secretos han dejado de ser secretos hace mucho tiempo y prácticamente, salvo naciones de enorme retraso cultural, lo único que separa de la bomba a muchas potencias es su elevado coste, el inmenso sacrificio presupuestario que requiere. Ciertas naciones de nivel de vida bajísimo, por paradoja, son precisamente las más dispuestas a realizar ese sacrificio, porque cuentan con pueblos para quienes la miseria ha cesado de existir. Por ejemplo, la India y el Pakistán, enemigos entre sí, amenazados el uno por el otro, y al mismo tiempo, asustados por la bomba China; y los ya citados Indonesia, Malasia, Egipto. Es curioso que no sean precisamente los países altamente industrializados como Suecia, o Japón

**Por EDUARDO HARO TEGGLEN**

—este último enemigo acérrimo de la bomba, porque fue su primera víctima y conoce su desolación— los primeros en abrir paso a la nuclearización colectiva.

Tampoco el segundo punto está muy claro. ¿Qué países aceptarían no fabricar la bomba; cuáles no? Francia y China, desde luego, han manifestado ya, y muy duramente, su decisión de continuar. ¿Podrán abstenerse sus vecinos? ¿Puede resistir Alemania ver crecer la bomba de Francia, que ha sido su enemiga —digamos su víctima— secular, después de no haber conseguido que florecieran los intentos de nueva amistad intentados por De Gaulle y por Adenauer? ¿Puede limitarse la India en creer que la defenderán la URSS o Estados Unidos de un ataque nuclear chino, para lo cual tendría que comenzar con perder su neutralismo? Puede esgrimirse ante esos pueblos el argumento, muy válido, de que cualquier intento de armamento atómico será anacrónico, y jamás en la vida conseguirán cubrir el retraso que les separa de los grandes países nucleares; por lo tanto, su sacrificio económico es inútil. Pero estos países, a su vez, explican que no quieren su bomba para defenderse de los grandes, cuya supremacía aceptan con resignación —todo lo más, tratando de sacar partido de las diferencias que oponen a esos dos grandes—, sino contra otros países que están en un nivel de desarrollo nuclear parecido aproximadamente al suyo, y que son precisamente los que los amenazan.

Es decir, que para la consecución de un plan válido de no proliferación de las armas atómicas habría que comenzar por una nueva estructuración del mundo, por la solución pacífica y negociada de los problemas locales, por el final de las desconfianzas.

En otras palabras: el problema, a mi parecer, no se plantea hoy en la existencia y proliferación de las armas de guerra, sino precisamente en la eliminación de las causas de guerra. La guerra es anterior al arma; el arma no produce la guerra, sino que la guerra exige el empleo del arma. (Esta verdad que parece tan sencilla no resulta aceptada por todo el mundo, y hasta hay ejemplos históricos de grandes traficantes de armas que han provocado guerras para colocar su mercancía. Al alemán Krupp se le ha acusado de ello, con muy fuertes razones históricas).

Utopía por utopía, parece más sencilla de alcanzar esta última, la de la eliminación de las causas de guerra, que la que se está tratando en Ginebra, que es la de la no diseminación de las armas de guerra. Pero la palabra utopía no debe desalentar a nadie. La historia de la Humanidad es una historia por conseguir victorias sobre la utopía, y la forma en que vivimos hoy sería utopía para los hombres de hace cien años, los cuales a su vez serían clarísimos habitantes del Reino de Utopía si hubiesen podido ser contemplados por sus antepasados de un siglo atrás. El hombre no tiene más límites que los que le impone su imaginación: lo que idea lo consigue. Es sólo cuestión de tiempo. En nuestra época, la idea de que hay que eliminar las causas de guerra y dar una solución de estructuras justas a los conflictos que hasta ahora parecían irreversibles gana terreno: va siendo una posibilidad, y la Historia reciente nos enseña como muchas causas de guerra, muchos incidentes y situaciones que hace años hubieran sido considerados como «casus belli», han sido ahora pasados por alto.

La reunión de Ginebra tiene perfiles imposibles, contemplados con vista corta. Los cuarenta años de reuniones de desarme, de intentos de desarme, no han pasado en vano, sin embargo, al pasar revista a las reuniones fallidas, observamos que no son realmente tan fallidas; como no pasará en vano esta reunión. Nada que suceda sucede en vano; nada deja sin prender una simiente